

D A N S I M M O N S

Los claroscuros de la vida de *Dickens* narrados
por su amigo *Wilkie Collins*

Una novela sobre la frágil línea que separa
genialidad y locura.

*La soledad de
Charles Dickens*

La soledad de Charles Dickens



La soledad de Charles Dickens

Dan Simmons

Traducción de
Ana Herrera

Rocaeditorial

Título original: *Drood*
Copyright © 2009 by Dan Simmons

Primera edición: mayo de 2009

© de la traducción: Ana Herrera
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-85-1
Depósito legal: B. 9.019-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

¿Qué fue lo que llevó al genio de Wilkie casi a la perdición?
Algún demonio susurró: «¡Wilkie, tienes una misión!».

A. C. SWINEBURNE
Fortnighly Review, noviembre de 1889

*M*i nombre es Wilkie Collins, y supongo, ya que pienso postergar la publicación de este documento hasta por lo menos un siglo y cuarto después de la fecha de mi muerte, que no reconocerán mi nombre. Algunos dicen que soy un jugador empedernido, y los que aseguran tal cosa están en lo cierto; de modo que apuesto, querido lector, a que ni ha leído ni ha oído hablar jamás de ninguno de mis libros ni obras de teatro. Quizás ustedes, británicos o norteamericanos que están en el futuro, dentro de ciento veinticinco años, ni siquiera hablen ya inglés. Quizá vistan como hotentotes, vivan en cuevas iluminadas por gas, viajen por el mundo en globos y se comuniquen mediante pensamientos telegrafados sin verse entorpecidos por lenguaje hablado o escrito alguno.

9

Aun así, apuesto toda mi fortuna actual, al día de hoy, y los futuros derechos que devenguen de mis obras y mis novelas, sean cuales sean, a que sí recuerdan el nombre, los libros, las obras y los personajes inventados por mi amigo y antiguo colaborador, un tal Charles Dickens.

De modo que esta historia real tratará de mi querido amigo (o al menos del hombre que en tiempos fue amigo mío) Charles Dickens, y del accidente de Staplehurst, que acabó con su paz mental, su salud e incluso, como murmuran algunos, con su cordura. Esta historia real tratará de los últimos cinco años de la vida de Charles Dickens y de su creciente obsesión durante esa época por un hombre, si es que se trataba de un hombre, llamado Drood, así como de asesinatos, muertes, cadáveres, criptas, mesmerismo, opio, fantasmas y todas las calles y

callejones de ese vientre de Londres, lleno de negra bilis, que el escritor llamaba siempre «mi Babilonia» o «el Gran Horno». En este manuscrito (que, como he explicado, por motivos legales, así como por motivos de honor, me propongo apartar de todos los ojos durante más de cien años después de su muerte y la mía), responderé la pregunta que quizá nadie más que viva en nuestra época sabe responder: ¿conspiró el famoso, querido y honorable Charles Dickens para asesinar a una persona inocente y disolver su carne en un pozo de sosa cáustica, y enterró en secreto lo que quedaba de él, unos simples huesos y una calavera, en la cripta de una antigua catedral que formó parte importante de la propia niñez de Dickens? ¿Tramó Dickens echar las gafas, anillos, alfiler de corbata, gemelos y reloj de bolsillo de la víctima en el río Támesis? Y si lo hizo así, o simplemente «soñó» que hacía tales cosas, ¿qué papel representó un fantasma muy real llamado Drood en el inicio de esa locura?

10 La fecha de la catástrofe de Dickens fue el 9 de junio de 1865. La locomotora que remolcaba su éxito, su paz mental, su cordura, su manuscrito y su amante se dirigía, literalmente, hacia una brecha en los raíles y a una caída terrible.

No sé si ustedes, queridos lectores que viven dentro de muchos años, recordarán la historia (quizás hayan renunciado a Herodoto y Tucídides, y se hayan quedado perpetuamente en el Año Cero), pero si en su época sigue existiendo algún sentido de la historia, deben conocer bien los importantes acontecimientos del año que nosotros llamamos 1865, *Anno Domini*. Muchos en Inglaterra consideraron de cierto dramatismo e interés algunos acontecimientos, como el final de la conflagración fraternal en Estados Unidos, pero no Charles Dickens. A pesar de su gran interés por Estados Unidos, ya que había viajado allí y había escrito libros sobre ese país —no totalmente halagüeños, deberíamos añadir—, y después de haber luchado con gran entusiasmo por recibir alguna recompensa por la piratería de sus obras en aquel caos de las antiguas colonias, sin respeto a los derechos de autor, Dickens tenía poco interés en una guerra entre un distante Norte y un Sur más distante aún. Pero en 1865, el año del Desastre de Staplehurst, Charles Dic-

kens tenía motivos para estar satisfecho de verdad con su propia historia personal.

Era el novelista más popular de Inglaterra, quizá del mundo entero. Muchas personas de Inglaterra y Estados Unidos consideraban que mi amigo era, aparte de Shakespeare y quizá de Chaucer y Keats, el mejor escritor que había vivido jamás.

Por supuesto, sé que todo eso no son más que bobadas, pero la popularidad, como dicen (o como yo mismo he dicho), engendra más popularidad. Había visto a Charles Dickens atascado en un retrete rural sin puertas, con los pantalones por los tobillos, balando como una oveja descarriada que alguien le llevase algo de papel para limpiarse el culo, así que tendrán que perdonarme si esa imagen es más cierta para mí que la del «mejor escritor que ha vivido jamás».

Pero aquel día de junio de 1865, Dickens tenía muchos motivos para estar satisfecho de sí mismo.

Siete años antes, el escritor se había separado de su mujer, Catherine, que obviamente le había ofendido a lo largo de sus veintidós años de matrimonio dando a luz sin queja alguna a diez hijos y sufriendo varios abortos, mientras soportaba sus constantes lamentaciones y satisfacía el menor de sus caprichos. Aquello le encariñó con su mujer hasta el punto de que en 1857, durante un viaje a pie por el campo en el cual habíamos ido probando diversas botellas de vino local, Dickens me describió a su amada Catherine como «muy querida para mí, Wilkie, muy querida. Pero, en general, más bovina que fascinante, más pesada que femenina...; un espeso brebaje alquímico de vaguedad mental, incompetencia constante, lentitud y holgazanería indulgente, un espeso potaje removido solamente por el cucharón de su frecuente autocompasión».

Dudo de que mi amigo recordase haberme dicho aquello, pero a mí no se me ha olvidado.

En realidad sí que tenía un reproche que hacerle Catherine, en el aspecto doméstico. Parece (aunque en realidad no lo parece, sino que es, porque yo estaba allí cuando él compró la maldita cosa) que Dickens había comprado a la actriz Ellen Ternan una pulsera muy cara después de nuestra obra *Profundidades heladas*, y el idiota del joyero había entregado el objeto en casa

de Dickens en Londres, Tavistock House, en lugar de llevarlo al pisito de la señorita Ternan. Como resultado de aquella entrega errónea, Catherine se había pasado varias semanas lloriqueando, muy bovina, negándose a creer que aquello fuese una simple prenda que su esposo entregaba como muestra de inocente estima a la actriz que había realizado un trabajo tan maravilloso (en realidad, yo diría que bastante incompetente) como amada del héroe, Clara Burnham, en nuestra..., no, en «mi» obra sobre un amor no correspondido en el Ártico.

Es cierto, como explicaba en 1858 Dickens a su esposa, profundamente dolida, que el autor tenía la costumbre de entregar generosos regalos a sus compañeros actores y a los participantes en sus diversas incursiones teatrales de aficionado. Después de *Profundidades heladas* había repartido pulseras, pendientes, un reloj y un juego de gemelos de camisa de esmalte azul a otros implicados en la producción.

12 Pero la verdad es que no estaba enamorado de esos otros. Y sí que estaba enamorado de la joven Ellen Ternan. Yo lo sabía. Catherine Dickens lo sabía. Nadie estaba seguro de que Charles Dickens lo supiera. Ese hombre era un cuentista tan convincente, aparte de ser uno de los hipócritas más farisaicos que jamás pisaron la tierra, que dudo de que jamás se enfrentara a sus motivaciones más profundas ni las asumiera, excepto cuando eran tan puras como el agua de manantial.

En este caso fue Dickens quien se puso furioso, gritó y rugió a la paciente Catherine (me disculpo por cualquier involuntaria connotación bovina que pudiera haber aquí) diciendo que las acusaciones de su esposa eran una afrenta para la persona pura y perfectamente luminosa de Ellen Ternan. Las fantasías emocionales, románticas e incluso, me atrevería a decir, eróticas de Dickens giraban siempre en torno a la devoción santificada y caballerosa a alguna joven diosa hipotéticamente inocente, cuya pureza estaba fuera de cualquier posible reproche. Pero Dickens quizás hubiese olvidado que la desventurada Catherine, ahora condenada al ámbito doméstico, había visto *Tío John*, la farsa que habíamos montado (ya que era tradición en nuestro siglo presentar siempre una farsa junto con un drama serio) después de *Profundidades heladas*. En *Tío John*, Dickens (con 46 años) representaba al caballero anciano, y

Ellen Ternan (18) representaba a su pupila. Por supuesto, el Tío John cae rendidamente enamorado de la joven que tiene menos de la mitad de su edad. Catherine debía de saber también que aunque yo había escrito la mayor parte del drama *Profundidades heladas*, que trataba de la búsqueda de la expedición perdida de Franklin, era su marido quien había escrito y tramado la farsa romántica... después de conocer a Ellen Ternan.

El Tío John no sólo se enamora de la jovencita a la que debería estar protegiendo, sino que la colma, y cito de las acotaciones de escena, «de maravillosos regalos: un collar de perlas, unos pendientes de diamantes...».

De modo que resulta poco sorprendente que cuando la cara pulsera, destinada a Ellen, llegó a Tavistock House, Catherine, entre embarazo y embarazo, se revolviese entre su vaguedad mental, su lentitud y su holgazanería y aullase como una vaca lechera a la que pincha un ordeñador galés en la cruz.

Dickens respondió como lo haría cualquier marido culpable. Pero sólo si ese marido resultaba ser el escritor más popular de toda Inglaterra y el mundo de habla inglesa, y quizás el mejor escritor que vivió jamás.

13

Primero insistió en que Catherine hiciese una visita de cortesía a Ellen Ternan y a la madre de ésta, para demostrarle así a todo el mundo que no había ni asomo de sospecha o celos por parte de su esposa. En esencia, Dickens exigía que su esposa se disculpase públicamente con su amante..., o al menos con la mujer a la que pronto elegiría para que fuese su amante, mientras reunía el valor necesario para tomar las medidas necesarias. Llorosa, desesperada, Catherine hizo lo que se le pedía. Se humilló haciendo una visita a Ellen y a la señora Ternan.

Pero aquello no bastó para aliviar la ira de Dickens. Expulsó a la madre de sus diez hijos.

Envió a Charley, su hijo mayor, a vivir con Catherine. El resto de los niños se quedaron con él en Tavistock House y, finalmente, en Gad Hill's Place (siempre observé que Dickens disfrutaba de sus hijos hasta que ellos empezaban a pensar y actuar por sí mismos de cualquier forma..., en otras palabras, cuando dejaban de comportarse como la Pequeña Nell o Paul Dombey o uno de sus personajes de ficción...; entonces rápidamente se aburría de ellos).

Hubo más incidentes en este escándalo, por supuesto: protestas de los padres de Catherine, retractaciones públicas de esas protestas obligadas por Dickens y sus abogados, acosos, declaraciones públicas engañosas por parte del autor, maniobras legales, terrible publicidad y una final e irrevocable separación legal de su esposa. Él se negó a comunicarse con ella, ni siquiera por el bienestar de sus hijos.

Todo ello por parte el hombre que era la personificación, no sólo en Inglaterra sino en el mundo entero, de la felicidad hogareña.

Por supuesto, Dickens seguía necesitando a una mujer en su casa. Tenía muchos sirvientes. Tenía nueve hijos en casa, que no deseaba que le molestaran, excepto cuando estaba de humor para jugar con ellos o colocarlos sobre sus rodillas para hacerse fotos. Tenía obligaciones sociales. Había que preparar menús, listas de la compra, pedidos para la floristas. Había que supervisar mucha limpieza y organización. Charles Dickens debía liberarse de todos esos detalles. Era, como pueden comprender, el mejor escritor del mundo.

14

Dickens hizo lo más obvio, aunque no nos hubiese parecido nada obvio a ustedes o a mí. Elevó a la hermana soltera de Catherine, Georgina, a la categoría de esposa suplente, ama de su casa y gobernanta de sus hijos, anfitriona de sus muchas fiestas y cenas, y por supuesto sargento mayor de cocina y de la servidumbre.

Cuando empezaron los inevitables rumores (centrados en Georgina en lugar de en Ellen Ternan, que había retrocedido, se podría decir, desde las luces de las candilejas hasta las sombras), Dickens ordenó que acudiera un médico a Tavistock House. Al doctor se le pidió que examinase a Georgina y que emitiera un certificado público, cosa que hizo, declarando a todo el mundo que la señorita Georgina Hogarth era *virgo intacta*.

Y eso, presumía Charles Dickens, sería todo.

Su hija menor me dijo más tarde, o al menos lo dijo en un lugar donde pude oírla: «Mi padre era un loco. Aquel asunto sacó lo peor, lo más débil que tenía. No le preocupaba en absoluto lo que pudiera ocurrirnos a ninguno de nosotros. Nada podía sobrepasar la desgracia y la infelicidad de nuestro hogar».

Si Dickens era consciente de aquella infelicidad, o si le importaba, o si se daba cuenta verdaderamente, no lo demostraba. Ni a mí ni a sus amigos más recientes e íntimos.

Y asumía, con toda razón, que la crisis pasaría y sus lectores no le abandonarían. Si habían llegado a conocer sus irregularidades domésticas, obviamente las habían perdonado. Después de todo, él era el profeta inglés de la felicidad doméstica y el mejor escritor del mundo entero..., salvo error u omisión.

Nuestros pares y amigos literatos varones también olvidaron y perdonaron (con la excepción de Thackeray, pero ésa es otra historia). Debo admitir que algunos de ellos, algunos de nosotros, tácita o privadamente, aplaudimos a Charles por liberarse de sus obligaciones domésticas hacia un ancla tan poco atractiva y perpetuamente colgante. La ruptura dio un brillo de esperanza a los casados menos afortunados y nos divirtió a los solteros con la idea de que quizás uno pudiese volver de aquel país matrimonial desconocido del cual se decía que ningún hombre regresaba jamás.

Pero le ruego que recuerde, querido lector, que estamos hablando de un hombre que tiempo atrás, poco antes de conocer a Ellen Ternan, mientras recorríamos los teatros en busca de lo que llamábamos «nuestras hierbas doncellas», esas actrices muy jovencitas y muy lindas que encontrábamos para nuestra común satisfacción estética, me había dicho: «Wilkie, si piensas en cualquier forma tremenda de pasar la noche, mientras puedas, hazlo. Sea lo que sea. ¡Yo, por esta noche, abandono toda circunspección y las lanzo al viento! Si la mente puede forjar algo que se parezca a la Roma sibarítica de los días de su voluptuosidad culminante, ahí estaré yo».

Y para tal entretenimiento también me ofrecía yo.

No he olvidado el 9 de junio de 1865, el verdadero inicio de esta cascada de increíbles acontecimientos.

Dickens, que había explicado a sus amigos que sufría de exceso de trabajo y de lo que llamaba «pie congelado» desde mediados del invierno, se había cogido una semana libre de su trabajo, acabar *Nuestro común amigo*, para disfrutar de unas

vacaciones en París. No sé si Ellen Ternan y su madre se fueron con él. Sé que volvieron con él.

Una dama a la que no había conocido ni me gustaba, la señora William Clara Pitt Byrne (amiga, según me dijeron, de Charles Waterton, el naturalista y explorador que había informado de sus audaces aventuras por todo el mundo, pero que murió de una caída tonta en su propiedad de Walton Hall, justo once días antes del accidente de Staplehurst, y cuyo fantasma se dijo después que embrujaba el lugar en forma de enorme garza gris), solía enviar maliciosos comentarios para su publicación en el *Times*. Ese fragmento malévolo, que informaba del avistamiento de nuestro amigo en el transbordador que procedía de Boulogne a Folkestone aquel día del 9 de junio, apareció varios meses después del accidente de Dickens:

16

Viajando con él va una dama que no es su esposa ni su cuñada; sin embargo, él se pasea por la cubierta con el aire de un hombre lleno de presunción, y todas las facciones de su rostro y cada gesto de sus miembros parece decir, con gran altivez: «¡Miradme, hartaos de miradme! Soy el gran, el único Charles Dickens, y decida lo que decida hacer, todo se halla justificado por tal cosa».

Me han dicho que la señora Byrne es conocida sobre todo por un libro que publicó hace unos años, titulado: *Interiores flamencos*. En mi modesta opinión, tendría que haber reservado su vitriólica pluma para escribir sobre divanes y papel pintado. Los seres humanos está muy claro que se hallan fuera de su limitado objetivo.

Después de desembarcar en Folkestone, Dickens, Ellen y la señora Ternan tomaron el tren de la marea de las 2,38 a Londres. Mientras se aproximaban a Staplehurst eran los únicos pasajeros en su vagón, uno de los siete vagones de primera clase en el tren de la marea, aquel día.

El maquinista iba a toda velocidad (a unas cincuenta millas por hora) mientras pasaban por Headcorn, once minutos después de las tres de la tarde. Ya se aproximaban al viaducto del ferrocarril junto a Staplehurst, aunque «viaducto» (nombre

dado a la estructura en la guía oficial de ferrocarriles) quizá sea una palabra demasiado pretenciosa para describir la red de vigas de metal donde se apoyaban las pesadas vigas de madera que permitían cruzar el río Beult, poco hondo.

Los trabajadores estaban llevando a cabo la sustitución de maderas viejas en esa zona, unos trabajos rutinarios. Una investigación posterior (he leído los informes) demostró que el capataz había consultado un horario erróneo y no esperaba el tren de la marea hasta al cabo de dos horas. (Parece que los viajeros no somos los únicos que nos confundimos con los horarios británicos de ferrocarriles, con sus infinitos asteriscos de vacaciones, fines de semanas y mareas altas y bajas y sus desconcertantes paréntesis.)

La Policía del ferrocarril y la ley inglesa requerían que se colocara un hombre con una bandera a 1.000 yardas de los raíles en los que se estaba trabajando (dos de los raíles ya se habían levantado en el puente y estaban situados a lo largo de las vías), pero no se sabe por qué motivo el hombre con la bandera roja estaba sólo a 550 yardas del hueco. Esto hacía que un tren que viajaba a la velocidad del expreso de la marea Folkestone-Londres no tuviera ninguna oportunidad de detenerse a tiempo.

17

El maquinista, que vio la bandera roja demasiado tarde, vaciló; al ver el hueco en los raíles y la vigas en el puente que se aproximaba (una imagen mucho más paralizante, estoy seguro de ello), hizo lo que pudo. Quizás en sus tiempos, querido lector, todos los trenes tengan frenos que pueda aplicar el maquinista. No era así en nuestra época, en 1865. Cada vagón debía frenarse individualmente, y sólo siguiendo las instrucciones del maquinista. Éste tocó desesperadamente el silbato para que los guardias que estaban situados a lo largo de todo el tren aplicaran los frenos. Pero de poco sirvió.

Según el informe, el tren todavía iba al menos a treinta millas por hora cuando llegó a la vía interrumpida. Increíblemente, la locomotora «saltó» el hueco de cuarenta y dos pies y cayó fuera de las vías, al otro lado del abismo. De los siete vagones de primera clase, todos menos uno quedaron sueltos y se despeñaron hacia la destrucción en el cenagoso lecho del río que quedaba debajo.

El vagón superviviente era el que transportaba a Dickens, su amante y su madre.

El vagón de los guardias que iba inmediatamente detrás de la locomotora se vio arrojado a la otra vía, y arrastró al coche siguiente (un vagón de segunda clase) con él. Inmediatamente detrás de ese vagón de segunda clase iba el coche de Dickens, que saltó parcialmente por encima del puente mientras los otros seis vagones de primera clase volaban y se estrellaban abajo. El vagón de Dickens finalmente acabó colgando a un lado del puente, y sólo evitó que cayera un solitario enganche a otro vagón de segunda clase. Sólo la parte de atrás del vagón quedaba en los raíles. Los demás vagones de primera clase se habían despeñado, rodando, aplastados y dando vueltas de campana, y al final acabaron convertidos en añicos y astillas en la tierra que quedaba debajo.

18 Dickens escribió más tarde sobre esos momentos en cartas a amigos suyos, pero siempre con discreción, procurando no mencionar más que a algunos pocos íntimos el nombre o la identidad de sus dos compañeras de viaje. Estoy seguro de que soy la única persona a quien le contó siempre la historia completa.

«De pronto —escribía en su versión epistolar de los hechos, ampliamente difundida—, estábamos fuera de los raíles, y golpeando el suelo, como podría hacerlo la cesta de un globo medio deshinchado. La anciana... [aquí debemos leer «la señora Ternan»] gritó: «¡Dios mío!». La joven que viajaba con ella [ésta es Ellen Ternan, por supuesto] chilló. Las sujeté a las dos... y dije: «No podemos hacer nada más, sólo quedarnos quietos y tranquilos. ¡Por favor, no griten!». La anciana respondió al momento: «Gracias. Confíe en mí. Por mi alma le juro que me quedaré quieta». Luego todos nos vimos arrastrados juntos hacia una esquina del vagón, y nos detuvimos.»

El vagón estaba muy inclinado hacia abajo y hacia la izquierda. Todo el equipaje y los objetos sueltos habían caído hacia la izquierda. Durante el resto de su vida, Charles Dickens sufriría repetidos ataques de una sensación «como si todo, todo mi cuerpo, se viera inclinado y cayendo hacia abajo y hacia la izquierda».

Dickens proseguía su narración: «Dije a las dos mujeres:

«Pueden estar seguras de que nada peor nos puede ocurrir. Nuestro peligro tiene que haber concluido. ¿Quieren quedarse aquí sin moverse mientras yo salgo por la ventanilla?»».

Dickens, todavía bastante ligero a la edad de cincuenta y tres años, a pesar de su «pie congelado» (como antiguo paciente de gota, que me ha obligado a recurrir al láudano durante muchos años, conozco muy bien sus síntomas cuando los oigo, y ciertamente, la «congelación» de Dickens era gota), salió afuera y dio el peligroso salto desde el pescante del vagón hasta las vías del ferrocarril por encima del río, y dice que vio a dos guardias que corrían arriba y abajo, en aparente confusión.

Dickens escribe que agarró y sujetó a uno de ellos, diciéndole al hombre: «¡Míreme! Párese al momento y míreme, y dígame si me conoce o no». «Le conocemos muy bien, señor Dickens», dice que replicó el guardia, de inmediato. «Entonces, amigo mío —gritó Dickens, casi contento (por haber sido reconocido en un momento como aquél, habría exclamado un alma mezquina como Clara Pitt Byrne)—, por el amor de Dios, deme su llave y envíe a uno de esos trabajadores aquí, que voy a vaciar ese vagón».

19

Y luego, en las cartas de Dickens a sus amigos, los guardias hicieron lo que debían, los trabajadores colocaron unas tablas hasta el vagón, y luego el autor volvió a trepar al vagón inclinado y lo recorrió todo reptando para recuperar su sombrero y su botella de brandy.

Debo interrumpir la descripción de nuestro amigo común aquí el tiempo suficiente para decir que, mediante los nombres que se incluían en el informe oficial de los ferrocarriles como guía, posteriormente localicé al mismísimo guardia a quien Dickens asegura que detuvo y envió a realizar una acción tan útil. El guardia (un tal Lester Smyth) tenía un recuerdo un poco distinto de aquellos momentos: «Todos intentábamos bajar para ayudar a los heridos y moribundos cuando ese encofetado que había salido del vagón de primera clase que estaba colgando corrió hacia Paddy Beale y hacia mí, pálido y con los ojos desencajados, y nos gritó: «¿Me conoce, hombre? ¿Me conoce? ¿Sabe quién soy?». Admito que respondí: «No me importa si es usted el príncipe Alberto, amigo. Quítese de mi ca-

mino, maldita sea». No era la forma habitual de dirigirse a un caballero, pero aquél tampoco era un día corriente».

De cualquier modo, el caso es que Dickens dirigió el trabajo de algunos hombres para ayudar a sacar a Ellen y a la señora Ternan, que entró de nuevo en el vagón para recuperar su petaca y su sombrero de copa, que llenó el sombrero de agua antes de volver a bajar por la orilla inclinada, y todos los testigos están de acuerdo en que Dickens bajó inmediatamente para ocuparse de los moribundos y de los muertos.

En los cinco años de vida que le quedaron después de Staplehurst, Dickens sólo dijo de lo que vio en el lecho de aquel río «era inimaginable». Y de lo que oyó allí, que era «ininteligible». Y eso de un hombre a quien normalmente se le concede la imaginación más fértil de cualquier escritor inglés, después de la de sir Walter Scott. Y un hombre cuyas historias eran siempre, al menos, eminentemente inteligibles.

20 Quizá lo inimaginable empezó cuando bajaba por aquel empinado talud. De pronto junto a él apareció un hombre alto y delgado, que llevaba una pesada capa negra mucho más apropiada para una noche en la ópera que para un viaje a Londres por la tarde en el tren de la marea. Ambos hombres llevaban las chisteras en una mano mientras se agarraban al talud para equilibrarse con la mano libre. Esa figura, como me la describió Dickens más tarde con un susurro gutural, durante los días posteriores al accidente en que su voz «ya no era mi propia voz», era cadavéricamente delgada, casi monstruosamente pálida, y miraba al escritor con unos ojos muy oscuros hundidos bajo una frente pálida y alta que se fundía con un cráneo calvo y descolorido. Unas hebras de cabello gris flotaban a los lados de aquel rostro como una calavera. La impresión de calavera de Dickens se veía reforzada, dijo más tarde, por la nariz en escorzo del hombre («unas simples aberturas negras en el rostro de un blanco de larva, más que un apéndice propiamente dicho», fue como la describió Dickens) y unos dientes pequeños, agudos e irregulares, muy espaciados, incrustados en una mandíbula tan pálida que era más blanca que los mismos dientes.

Dickens observó también que al hombre le faltaban dos de-

dos enteros (o casi enteros) de la mano derecha, el meñique y el anular, así como el dedo medio de la mano izquierda. Lo que atrajo especialmente su atención de Dickens era que los dedos no estaban cortados por la articulación, como suele pasar a menudo en caso de accidente de la mano o subsecuente cirugía, sino que parecían haber sido segados a la mitad del hueso entre las articulaciones, «como velas de cera blanca que se hubiesen fundido a medias», me dijo después.

Dickens se sintió desconcertado a medida que él y la extraña figura con la capa negra bajaban lentamente por el empinado talud, ambos usando arbustos y rocas como sujeción.

—Soy Charles Dickens —jadeó mi amigo.

—*Ssssí* —dijo el de la cara pálida, con las sibilantes deslizándose entre los diminutos dientes—. Ya lo *sssé*.

Esto desconcertó más aún a Dickens.

—¿Y usted cómo se llama, señor? —le preguntó, mientras bajaban por el talud de piedras sueltas, los dos juntos.

—Drood —dijo el hombre.

O al menos Dickens pensaba que eso fue lo que dijo el hombre. La voz de la figura pálida era borrosa y teñida de algún acento extranjero. La palabra acababa sonando más bien como «Dread».

—¿Iba usted en el tren que se dirigía a Londres? —preguntó Dickens, mientras se aproximaban al fondo de la empinada colina.

—A Limehousse —susurró la desgarbada figura con la oscura capa—. Whitechapel. Racliff *Crosss*. Gin Alley. Three *Foxesss* Court. Butcher Row y Commercial Road. The Mint y otras *zahúrdasss*.

Dickens miró intensamente al oír aquel extraño recital, ya que su tren iba a la estación central de Londres, y no a esos oscuros callejones del este de Londres. «Zahúrdas» era un término de argot para los peores edificios de viviendas de los barrios bajos de la ciudad. Pero ya habían llegado al fondo del talud y, sin una palabra más, aquel «Drood» se alejó y pareció deslizarse entre las sombras bajo el puente del ferrocarril. Al cabo de unos pocos segundos, la capa del hombre se fundió con la oscuridad que reinaba allí.

—Debes comprender —me susurraría Dickens más

tarde— que ni por un segundo pensé que aquella extraña aparición fuese la Muerte que venía a reclamar su presa. Ni ninguna otra personificación de la tragedia que todavía se estaba desarrollando. Habría sido demasiado trillado, incluso para una ficción mucho más pobre que la que yo creo. Pero debo admitir, Wilkie —dijo—, que me pregunté en aquel momento si Drood no habría sido un enterrador que había venido de Staplehurst o de alguna otra aldea cercana.

Ya solo, Dickens centró su atención en la carnicería.

Los vagones de tren en el lecho del río y las orillas fangosas adyacentes ya no eran reconocibles como vagones de ferrocarril. Excepto por los ejes de hierro y las ruedas que sobresalían aquí y allá en ángulos imposibles desde el agua, era como si una serie de casitas de madera hubiesen caído del cielo, quizá debido a algún ciclón americano, y se hubiesen hecho añicos. Y luego, los añicos parecían haber sido agitados y golpeados de nuevo.

22 A Dickens le parecía que nadie podía haber sobrevivido a aquel impacto, a aquella destrucción, pero los gritos de los vivos que sufrían (porque en realidad los heridos superaban en mucho a los muertos) empezaron a llenar el valle del río. En aquel momento pensó que no se trataba de sonidos humanos. Era algo infinitamente peor que los gemidos y los gritos que había oído al hacer la ronda en los atestados hospitales, como el Hospital Infantil del Este de Londres, en Ratcliff Cross, que Drood había mencionado, donde iban a morir los indigentes y los abandonados. No, esos gritos hacían pensar que alguien había abierto una puerta en los pozos del Infierno mismo, y había permitido a los condenados que se encuentran allí gritar por última vez al mundo mortal.

Dickens vio a un hombre que se tambaleaba hacia él, con los brazos tendidos, como si le fuera a dar un abrazo de bienvenida. La parte superior del cráneo del hombre estaba arrancada, como arrancarías uno la cáscara de un huevo al prepararlo para el desayuno. Dickens veía claramente la pulpa gris y rosa brillando dentro del cuenco del cráneo roto. El rostro del hombre estaba cubierto de sangre, sus ojos blancos casi fuera de las órbitas, sobresaliendo entre riachuelos escarlata.

A Dickens no se le ocurrió nada que hacer, excepto ofrecer al hombre algo de brandy de su petaca. La boca de la petaca

quedó roja por los labios del hombre. Dickens le ayudó a echarse en la hierba y luego usó el agua que llevaba en la chistera para limpiar la cara del hombre.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó Dickens.

El hombre dijo solamente:

—Me voy —. Y murió, y los ojos blancos siguieron mirando al cielo desde sus sangrientos huecos.

Una sombra pasó sobre ellos. Dickens se dio la vuelta, seguro (según me dijo después) de que era Drood, con la capa negra de la aparición abriéndose como las alas de un cuervo. Pero sólo era una nube que pasaba entre el sol y el valle del río.

Dickens llenó de nuevo su sombrero en el río y fue a socorrer a una dama por cuya cara, color plomo, bajaba la sangre. Ella iba casi desnuda, sus ropas reducidas a unas tiras de tela ensangrentada que colgaban como vendas sucias de su carne desgarrada. Su pecho izquierdo había desaparecido. Se negó a detenerse para someterse a los cuidados del escritor y no pareció oír sus ruegos de que se sentase y esperase la ayuda. Ella se alejó caminando junto a Dickens con rapidez y desapareció entre los pocos árboles que crecían a lo largo de la orilla.

23

Ayudó entonces a dos guardias aturdidos a extraer el cuerpo aplastado de otra mujer de un vagón destrozado, y dejaron el cuerpo con suavidad en la orilla. Un hombre iba vadeando el río, corriente abajo, y gritando: «¡Mi mujer! ¡Mi mujer!». Dickens le condujo hasta el cadáver. El hombre gritó, levantó los brazos por encima de la cabeza y corrió como un loco hacia los campos pantanosos que había cerca del río, armando gran estruendo y emitiendo unos sonidos que Dickens más tarde diría que «eran como los silbidos y los gruñidos mortales de un jabalí al que le han perforado los pulmones varias balas de gran calibre». Luego el hombre se desplomó y cayó en el pantano más bien como alguien a quien han disparado en el corazón que en los pulmones.

Dickens volvió a los vagones y encontró a una mujer apoyada contra un árbol. Excepto un poco de sangre en la cara, quizás una ligera herida en el cuero cabelludo, parecía intacta.

—Le traeré un poco de agua, *madame* —le dijo.

—Muy amable por su parte, señor —replicó. Sonrió y Dickens se estremeció. Había perdido todos los dientes.

Fue al río y mirando hacia atrás, vio a una figura que tomó por Drood (no era probable que nadie más fuese vestido de esa manera absurda, con una pesada capa de ópera aquel cálido día de junio), inclinado solícitamente sobre la mujer. Cuando Dickens volvió, al cabo de unos segundos, con el sombrero lleno de agua del río, el hombre de negro había desaparecido y la mujer estaba muerta, pero aún mostraba sus encías desgarradas y ensangrentadas con una parodia de sonrisa final.

Volvió a los vagones aplastados. Entre los escombros de uno de ellos, un joven se quejaba débilmente. Más rescatadores bajaban por el talud. Dickens corrió a reunir a varios guardias fuertes para ayudar a sacar al joven de entre el cristal roto, el terciopelo desgarrado, los hierros y el suelo de madera del compartimento. Mientras los guardias gruñían y levantaban los pesados marcos de madera y el suelo destrozado que se había convertido en un tejado caído, Dickens apretó la mano del joven y dijo:

—Haré que le pongan a salvo, hijo.

24

—Gracias —jadeó el joven caballero herido, obviamente, uno de los ocupantes de los vagones de primera clase—. Es usted muy amable.

—¿Cómo se llama? —preguntó nuestro novelista, mientras se llevaban al muchacho a la seguridad de la orilla.

—Dickenson —dijo el joven.

Charles Dickens se aseguró de que se llevaban arriba, a las vías de ferrocarril, donde habían llegado más rescatadores, al señor Dickenson, y luego volvió a la carnicería. Corría de un herido a otro, los levantó, los consoló, sació su sed, los tranquilizó, a veces cubriendo su desnudez con cualquier trapo que encontraba, y mientras tanto buscando otros cuerpos diseminados para confirmar que ya ninguno de ellos se encontraba entre los vivos.

Unos cuantos rescatadores y pasajeros parecían tan centrados como nuestro autor, pero muchos (me dijo Dickens más tarde) no pudieron hacer otra cosa que quedarse de pie, conmocionados, mirando. Las dos figuras que más hicieron aquella tarde terrible entre la destrucción y los gemidos fueron Dickens y la extraña silueta del que se hacía llamar Drood, aunque el hombre de la capa negra parecía estar siempre demasiado le-

jos para poder hablarle, siempre a punto de desvanecerse de la vista, y siempre deslizándose, más que caminando de vagón en vagón destruido.

Dickens dio con una mujer gorda. La tela campesina y el diseño de su traje demostraban que iba en uno de los vagones de clase inferior. Estaba boca abajo en el pantano, con los brazos debajo del cuerpo. Él le dio la vuelta para asegurarse de que ya no estaba entre los vivos y, de repente, los ojos de la mujer se abrieron en su rostro cubierto de barro.

—¡La he salvado! —jadeó—. ¡La he salvado de él!

A Dickens le costó un minuto percibir al bebé que la mujer llevaba estrechamente apretado entre sus gruesos brazos, con la diminuta carita blanca hundida entre sus flácidos pechos. La niña estaba muerta, ahogada en el pantano quizás, o asfixiada por el peso de su madre.

Dickens oyó una llamada susurrante y vio la pálida forma de Drood que le hacía señas desde la telaraña de sombras bajo el puente roto, y caminó hacia él, pero llegó primero a un vagón destrozado y boca abajo, de donde sobresalía, de lo que quedaba de una ventanilla, el brazo desnudo y muy bien formado de una joven. Los dedos se movían y parecían hacer señas a Dickens para que se acercase.

Dickens se agachó y cogió los suaves dedos con sus manos.

—Aquí estoy, querida —dijo a la oscuridad en el interior de la pequeña abertura que había sido una ventanilla sólo quince minutos antes. Apretó la mano y ella le devolvió el apretón, como en agradecimiento a su liberación.

Dickens se agachó, pero no vio otra cosa que los asientos tapizados desgarrados, formas oscuras y profundas sombras dentro de la caverna diminuta y triangular de los escombros. No había sitio suficiente para introducir ni siquiera los hombros. La parte superior del marco de la ventana presionaba hacia abajo, casi hasta el suelo pantanoso. Sólo oía la rápida y aterrizada respiración de la mujer herida por encima del gorgoteo del río que corría. Sin pensar en la posible impropiedad de aquello, acarició el brazo desnudo hasta donde pudo alcanzar entre los escombros. En el pálido antebrazo surgían algunos finos pelos pelirrojos, que brillaban como si fueran de cobre en la luz de la tarde.

—Veo que vienen los guardias y quizás un doctor —dijo Dickens hacia la diminuta abertura, apretando el brazo y la mano de ella mientras tanto.

No sabía seguro si el caballero con traje marrón que se acercaba y llevaba un maletín de cuero era en realidad un médico, pero esperaba fervientemente que lo fuera. Los cuatro guardias, con unas hachas y palancas de hierro, corrían hacia allí, y el caballero con su traje formal jadeaba, intentando seguirlos.

—¡Aquí, aquí! —les gritó Dickens.

Apretó la mano de la mujer. Los pálidos dedos apretaron también, el índice se cerró, se extendió y luego se volvió a cerrar de nuevo en torno a sus dedos, igual que un recién nacido se agarra instintivamente a la mano de su padre. Ella no decía nada, pero Dickens oía su respiración, procedente de las sombras. Parecía casi un sonido tranquilo. Él le sujetó la mano con las dos suyas y rezó para que sus heridas no fuesen graves.

—¡Aquí, por el amor de Dios, deprisa! —gritó Dickens.

26

Los hombres se reunieron a su alrededor. El hombre pesado y con traje se presentó, era un médico llamado Morris, y Dickens se negó a abandonar su lugar junto a la ventanilla destrozada ni la mano de la joven, mientras los cuatro guardias intentaban hacer palanca en el marco de la ventana y golpeaban la madera y el hierro hacia arriba y hacia un lado, agrandando el pequeño espacio que de alguna manera había sido el refugio y la salvación de la mujer.

—¡Con cuidado ahora! —gritó Dickens a los guardias—. ¡Con mucho cuidado, por lo que más quieran! Que no caiga nada. ¡Cuidado con las barras por ahí! —Tras agacharse mucho más para hablar hacia el espacio oscuro, Dickens apretó con fuerza la mano y susurró—: Ya casi la tenemos, querida. Otro minuto más. ¡Sea valiente!

Al final llegó un último apretón, como respuesta. Dickens notó la gratitud en ese gesto.

—Tendrá que apartarse un momento, señor —dijo el doctor Morris—. Apártese un momento mientras los chicos levantan aquí y yo me asomo a ver si está demasiado herida para moverla o no. Sólo un momento, señor. Es un caballero excelente.

Dickens dio unas palmaditas en la palma de la joven, resistiéndose a soltar su mano y notando la presión final de sus dedos finos, pálidos y perfectamente cuidados como respuesta. Su mente dejó a un lado la sensación real, pero inadecuada por completo de sentirse físicamente excitado de alguna manera por un contacto tan íntimo con una mujer a la que no conocía, y cuyo rostro todavía no había visto.

—Estará fuera de todo esto y sana y salva dentro de un momento, querida —dijo, y soltó la mano. Luego se apartó a cuatro patas, dejando espacio para que los hombres trabajasen. Notó la humedad del pantano, que empapaba las rodilleras de sus pantalones.

—¡Ahora! —gritó el médico, que se arrodilló donde había estado Dickens un momento antes—. ¡Arrimad el hombro, chicos!

Los cuatro fornidos guardias literalmente arrimaron el hombro, levantando primero con sus palancas y luego con sus propias espaldas el destrozado muro que era el techo hundido, y que se había convertido en una pesada pirámide de madera. El cono de oscuridad se amplió un poco debajo de ellos. La luz del sol iluminó los escombros. Todos jadearon al ejercer fuerzas para sujetar los escombros y luego uno de los hombres jadeó de nuevo.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó alguien.

El médico saltó hacia atrás como si hubiese tocado un alambre electrificado. Dickens gateó hacia delante para ofrecer su ayuda y pudo mirar al fin en el hueco.

No había ninguna mujer, ninguna joven. Sólo un brazo desnudo y cortado justo por debajo del hombro en el diminuto círculo abierto entre los escombros. El hueso relucía muy blanco en la luz filtrada de la tarde.

Todo el mundo gritó. Llegaron más hombres. Se repitieron más instrucciones. Los guardias usaron las hachas y las barras de hierro para abrir los escombros, cuidadosamente al principio y luego con un abandono terrible, casi deliberadamente destructivo. El resto del cuerpo de la joven, sencillamente, no estaba allí. No quedaba ningún cuerpo completo en aquella pila de desechos, jirones mezclados de ropa desgarrada y pedazos de carne y huesos arrancados. No quedaba siquiera un solo frag-

mento identificable de su vestido. Sólo el pálido brazo que acababa en los dedos sin sangre, encorvados, ahora ya inmóviles.

Sin una palabra más, el doctor Morris dio la vuelta y se alejó, uniéndose a otros rescatadores que se arremolinaban en torno a otras víctimas.

Dickens se puso de pie, ciego, se humedeció los labios y buscó su frasco de brandy. Sabía a cobre. Se dio cuenta de que estaba vacío y de que lo que saboreaba era la sangre que había dejado alguna de las víctimas a quienes se lo había ofrecido. Miró a su alrededor en busca de su sombrero y se dio cuenta de que lo llevaba puesto. El agua del río que contenía le había empapado el cabello y le corría por el cuello de la camisa.

Llegaban más rescatadores, más mirones. Dickens supuso que ya no podía ser de más utilidad allí. Lenta, torpemente, empezó a trepar de nuevo por el empinado talud hacia las vías del ferrocarril, donde los vagones intactos estaban ahora vacíos.

Ellen y la señora Ternan estaban sentadas a la sombra, encima de unos raíles amontonados, bebiendo tranquilamente unos vasos de agua que alguien les había llevado.

28

Dickens fue a coger la mano enguantada de Ellen, pero no completó el movimiento. Por el contrario, dijo:

—¿Cómo está, querida?

Ellen sonrió, pero había lágrimas en sus ojos. Se tocó el brazo izquierdo y una zona justo por debajo del hombro y por encima del pecho izquierdo.

—Un poco magullada, supongo, pero aparte de eso, bien. Gracias, señor Dickens.

El novelista asintió, ausente, con los ojos concentrados en otro sitio. Luego se volvió, caminó por el borde del puente roto, saltó con la agilidad de los que están distraídos hacia el pescante del vagón de primera clase que colgaba, se introdujo por una ventana rota con la misma facilidad que si fuera una puerta, y fue bajando entre las hileras de asientos que se habían convertido en peldaños de un muro ahora vertical, en el techo del vagón. Todo el vagón, todavía colgando precariamente muy por encima del suelo del valle y conectado sólo por un enganche al vagón de segunda clase en los raíles de encima, se balanceaba un poco como un péndulo que vibra en un reloj de pared roto.

Antes, mucho antes incluso de rescatar a Ellen y a la señora Ternan, había sacado su maletín de viaje, que contenía la mayor parte del manuscrito de la decimosexta entrega de *Nuestro común amigo*, en la que había estado trabajando en Francia, pero ahora recordaba que los dos últimos capítulos estaban en su abrigo, que yacía doblado en el soporte colocado encima de sus asientos. De pie en el respaldo de aquella última fila de asientos, en el vagón balanceante y chirriante, con el río a treinta pies por debajo reflejando la luz danzarina por entre las ventanillas hechas añicos, retiró el abrigo, se aseguró de que el manuscrito estaba dentro (se había manchado un poco, pero aparte de eso estaba intacto) y luego, aún balanceándose en el respaldo del asiento, metió los papeles en el bolsillo.

Entonces Dickens miró justo hacia abajo, por entre el cristal roto de la puerta que había al final del vagón. Muy por debajo, directamente por debajo del vagón de tren, debido a algún efecto óptico que hacía que pareciera estar «encima» del río y no «dentro» de él, aparentemente sin preocupación alguna por las muchas toneladas de madera y hierro que colgaban encima de él, la persona que se hacía llamar Drood echaba la cabeza atrás y miraba a Dickens. Los pálidos ojos de la figura en sus oscuras órbitas parecían no tener párpados.

29

Los labios de la figura se separaron, su boca se abrió y se movió, la carnosa lengua se movió entre los diminutos dientes, y surgieron unos sonidos sibilantes, pero Dickens no distinguió ninguna palabra clara por encima de los quejidos metálicos del vagón colgante y los continuos gritos de los heridos en el valle, debajo. «Ininteligible —murmuró Dickens—. Ininteligible.»

Súbitamente, el vagón de primera clase osciló y descendió, como si se preparase para caer. Dickens se agarró a algo por encima de su cabeza distraídamente, para mantener el equilibrio. Cuando la oscilación cesó y miró de nuevo hacia abajo, Drood había desaparecido. El escritor se echó encima del hombro el abrigo con su manuscrito y salió a la luz.